

HANNAH,
la hija del Altísimo

David Barbero

IANO

A Maite, la verdadera hija del altísimo

LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

1.1

—¿Por qué ha nacido niña? ¿Qué pasará ahora con la llegada de una Mesías mujer? Yahvé, aunque seas mi Señor, sólo quiero el bien de mi hija. No la voy a sacrificar por nada ni por nadie. ¡Ni siquiera por Ti!

José, el carpintero, era un hombre corpulento y de movimientos lentos. Quedó casi congestionado. Había sido tan fuerte la impresión recibida que casi se le cae la criatura al suelo. La había tomado, con cariño e ilusión, de los brazos de su esposa con la intención de elevarla al cielo, como reconocimiento del favor concedido por la encarnación en su familia del Hijo de Dios y Mesías. Al estar desnuda la criatura, a pesar de la poca luz existente dentro del establo, tuvo la visión directa de su sexo.

—¿Cómo has podido permitir que sea una mujer?

Según su interpretación de las Sagradas Escrituras, esperaba que el Mesías, el Hijo de Dios, anunciado por los profetas y deseado por el pueblo, fuera un varón. El carpintero mantuvo la mirada para comprobar la ausencia de órganos sexuales masculinos. No había ninguna duda. Había nacido una niña. Con mucha precipitación y más nervios, devolvió la criatura a su madre, sin decir una sola palabra. No realizó la ofrenda al cielo.

1.2

Cuando llegó el momento de enviar a quien debía salvar al mundo del pecado, de la ignorancia y de la soberbia, Yahvé determinó que fueran visibles todos los signos señalados por los

profetas para reconocer su llegada. Lo hizo para que no hubiera ninguna duda.

Sin embargo, esa misma ignorancia y esa soberbia, unidas a los intereses egoístas y a los prejuicios, impidieron que la persona enviada y su misión fueran reconocidas.

1.3

¡No toleraré que nadie se proclame Mesías!

El anciano y voluminoso Herodes, Rey de los Judíos, conocido como el Grande, estaba despierto a esas horas de la noche. Se hallaba encerrado en una de las lujosas salas de su palacio. Llevaba días preocupado por la celebración del aniversario de su reinado. No eran las fechas exactas para celebrar ese acontecimiento. Pero él personalmente había decidido adelantarlo. Deseaba, con ese adelanto, atajar los intentos que él veía, dentro y fuera de su familia, para propiciar su sustitución a causa de sus muchos años y sus también abundantes achaques. Quería demostrar públicamente ante todo el pueblo, que se mantenía firme en su cargo real y seguía proclamando su calidad de Mesías enviado por Yahvé.

—¡Yo soy el rey y el Mesías de los Judíos! - afirmó al contemplar, en el cielo, los signos de los tiempos - A estas alturas de mi vida, me gusta más lo de ser Mesías y salvador del pueblo que lo de rey.

Herodes, receloso y taciturno, deseaba aparecer, de nuevo, como el reconstructor del honor y la riqueza de su pueblo. Encerrado en su despacho, estaba presionando para que se acelerara la reconstrucción del gran templo de Jerusalén, que él consideraba como su obra arquitectónica por excelencia. Quería hacer coincidir su inauguración con los actos de autoexaltación. La vinculación de su persona con el templo le permitiría hacer ver al pueblo el carácter sagrado del reinado y la misión que él mismo se había otorgado al autoproclamarse el Mesías anunciado por los profetas. De esa manera, estaría autorizado para adoptar medidas duras e incluso sangrientas hacia los que, dentro o fuera de su familia, deseaban librarse de él para ocupar el

sillón del trono y el prestigio mesiánico. Mientras en el cielo tenían lugar los signos mesiánicos, Herodes estaba repasando el decreto que había ordenado hacer público solemnemente a la mañana siguiente.

1.4

Ahora, fuera del establo, José sentía el temblor de las manos. Su corazón palpitaba con más fuerza de lo normal. Se dio cuenta de que las piernas también le temblaban. Sobre todo, notaba la confusión de su mente y sus profundas dudas.

Habían venido para cumplir la orden de empadronamiento dictada por el procurador romano Publio Quirino. Su esposa María era llamada 'la virgen' porque había vivido interna en el templo hasta el mismo momento de desposarse. A causa de su muy avanzado estado de buena esperanza, había realizado el viaje a lomos de un mulo.

Tenían intención de cumplir con la obligación de empadronarse y regresar inmediatamente, para que el deseado niño naciera en la casa paterna. Pero los movimientos del camino precipitaron el parto. Ese pequeño adelanto, sin embargo, no frustraba ninguna de sus elaboradas esperanzas de dar a luz al Mesías. Estaban dentro de las fechas señaladas por los profetas para el magno acontecimiento, preparado por todos con tanto cuidado.

—Señor, dime por qué lo has hecho. ¡Por favor! Dime qué va a pasar con mi hija como Mesías.

Todos los detalles habían sido escrupulosamente calculados. El astuto y sibilino rabino Zacarías había releído muchas veces los versículos de los profetas referidos al nacimiento del Mesías. Se cumplían todas las condiciones. Se había buscado que los dos esposos procedieran de la estirpe de David por línea directa. Había sido concebido en el momento oportuno de acuerdo con las predicciones. El precursor había nacido también cinco años antes, de acuerdo con lo anunciado en las Sagradas Escrituras. Todo estaba preparado, calculado y medido. ¡Pero había nacido una niña!

—Señor, tú que envías los signos de los tiempos y ordenas todos los acontecimientos, ¿puedes manifestarme cuáles son ahora tus designios? Pero no me pidas que sacrifique a mi hija por ninguna causa. Mi hija ocupa el primer lugar en mi corazón. Aunque esto sea pecado, está por encima de Ti.

1.5

Aunque todavía faltaban varias horas para el amanecer, el cielo estaba pintado de un color rojo intenso, Ocasionalmente iluminado con rayos de colores brillantes. Las nubes habían sido alejadas. El viento había quedado en suspenso. Sin embargo, se mantenía el sonido que producen las nubes al desplazarse con gran velocidad.

Eran los signos de los tiempos anunciados. Todo estaba quieto y solemne, según habían predicho los profetas para el momento en que debía nacer el Mesías enviado por el Altísimo para salvar a la humanidad y transformar la religión judía. Era la confirmación de que había llegado el Redentor.

1.6

—¡Está en peligro! Debemos apresurarnos para defenderle.

En el momento del nacimiento, los tres sabios que habían emprendido viaje desde oriente, notaron un fuerte temblor bajo sus pies. Los camellos se habían puesto nerviosos. Comprendieron que debían apresurarse porque el gran acontecimiento, cuya llegada ellos habían conocido a través de los libros sagrados, ya había tenido lugar.

—¡Acaba de nacer el Mesías! – dijo Melchor, el más anciano. - Caminemos más deprisa Hay muchos interesados en destruirle.

Su hijo Gaspar y Baltasar, el sabio etíope recién incorporado al grupo, tuvieron dificultades para dominar los camellos, para colocar de nuevo los arreos y para reanudar el camino. Ayudaron al anciano con cuidado para que subiera. Se colocaron delante para acelerar la marcha con el fin de presentarse,

cuanto antes, al nuevo Mesías para rendirle los honores y ofrecerle sus regalos.

El nerviosismo de los animales y la prisa provocaron una desorientación momentánea. Baltasar, el responsable de los mapas, iba a sacar ya sus instrumentos de cálculo. No fue necesario. Una estrella brillante apareció en el cielo. Se colocó delante de ellos y les indicó la dirección que debían seguir.

1.7

—¡Gracias, señor, por enviar a una mujer!

María, la madre, tenía unos rasgos marcados y firmes, a pesar de que acababa de dar a luz. Con movimientos rítmicos, intentaba acallar el llanto de su descendiente. El esposo regresó al interior del establo, todavía poseído por la sorpresa.

—Los planes tendrán que cambiar.

—¿Qué planes hay que cambiar?

María acarició a su hija y se detuvo en su sexo. Continuaba embargada por la emoción de dar a luz por primera vez. La tensión de hacerlo en esas circunstancias y en un establo, la condicionaban.

—Debemos luchar por el bien de nuestra hija. – exclamó el carpintero con desconcierto y gran preocupación – Esa será nuestra única misión.

—¡No me contagies con tus nervios y tus dudas! Yahvé domina todos los designios. Él lo ha decidido así. – respondió María con firmeza – Ella es la Mesías. Necesitamos una Mesías mujer. ¡Las mujeres la necesitamos! Cuando estuve trabajando interna en el templo, decidí oponerme al poder absoluto que se atribuyen los hombres por el mero hecho de serlo.

—Él domina todos los designios. Pero nosotros no los conocemos.– José no salía de su perplejidad.

—Lo que Yahvé nos tenía que decir, está muy claro. ¡Nuestra hija es la Mesías! –replicó la madre - ¡Gracias, señor, por redimir a las mujeres!

1.8

—¡Esto hay que impedirlo!

En esos días, el Sumo Sacerdote Anás caminaba ya arrastrando los pies. La curvatura de su espalda era pronunciada y le impedía contemplar el cielo, salvo haciendo un complicado movimiento de su cuerpo que le resultaba doloroso. Sin embargo, también fue testigo de los signos que aparecieron en el firmamento. Se hallaba despierto a esas horas de la noche, no por estar dedicado a la oración, sino por el insomnio que padecía desde los primeros años de su madurez.

Le sorprendió el resplandor que venía de lo alto en esos momentos de oscuridad. No pudo resistir la tentación de ver lo que estaba sucediendo en lo alto. Le pareció tan extraño, que se sentó en una silla alargada y sin respaldo que le permitía adoptar una postura casi horizontal para contemplar mejor el espectáculo.

—¡Los sabios de oriente querían conocer estos signos del cielo!

El Sumo Sacerdote Anás se levantó repentinamente de la silla, a pesar de sus muchos años y no menos achaques. Había recordado que, hacía tiempo, había recibido en el templo de Jerusalén al joven Gaspar. Le pidió, en nombre de su padre y de todo el grupo de sabios de Alejandría, concreción sobre los signos que debían verse en el cielo coincidiendo con el momento de nacer el futuro Mesías. En aquel momento, Anás había despedido malhumorado al joven mensajero. Le recomendó que dijera a su padre y a los otros sabios que no tenía que aparecer ningún signo en el cielo, porque no se esperaba la llegada de ningún Mesías.

—¡No necesitamos ningún Mesías! Ya tenemos los sacerdotes del templo.

La contemplación ahora de los signos en el cielo había producido un profundo desasosiego en el Sumo Sacerdote. Caminó de un lado a otro en la terraza de su lujosa casa familiar, arrastrando las babuchas bordadas en oro. Tuvo que secarse el sudor frío en la frente.

—Caifás. ¡Caifás!

El anciano Anás caminó, con la precipitación que le permitían sus fuerzas, hacia la mansión contigua. Allí vivían su hija y su yerno. Al llegar a su puerta, no tuvo la delicadeza de llamar. Directamente, se precipitó en el interior. Obligó a levantarse al joven esposo, mientras la ya no tan joven esposa, refunfuñaba y se daba la vuelta.

Anás hizo mirar con atención los signos que aparecían en el cielo a su apuesto yerno, también sacerdote, el miembro más joven del Sanedrín, colocado por él en vísperas del matrimonio con su idolatrada hija Sara. Después, le ordenó que se vistiera y acudiera al templo.

—En estos momentos de confusión, hay que estar en el puesto de mando. No podemos tolerar que se aprovechen de estos hechos para socavar nuestra autoridad al frente del Templo. — afirmó el anciano.

Caifás estaba todavía dormido y no entendió muy bien las razones expuestas por su suegro y protector. Éste aludió a que era preciso estar preparados para responder, de modo inmediato, a una posible conspiración urdida por sus enemigos. Alguien podría aprovechar esos efectos meteorológicos extraños para lanzar la figura de un falso Mesías con el fin de desestabilizar el poder del Sumo Sacerdote.

—No debemos permitir que alguien se proclame Mesías fuera de nuestro control. — ordenó Anás — Sería una catástrofe para todos. ¡Nosotros somos la máxima autoridad procedente de Yahvé! Nada debe suceder sin que lo determinemos nosotros.

El joven y ambicioso sacerdote, que se había casado con la hija de su valedor, a pesar de ser mayor que él, con el único propósito de ascender en su carrera, no puso ninguna objeción a la orden. Hubiera preferido volver a meterse en las sábanas calientes junto a su oronda esposa. Pero obedeció a su suegro. Se vistió y se encaminó hacia el templo a hora tan intempestiva. La caprichosa Sara, en cambio, criticó a su padre por arrebatarle a su marido de la cama.

1.9

—¡Habrás que buscar un varón! ¡Una mujer nunca puede ser Mesías! ¡No tiene capacidad para asumir esa misión! – dijo el rabino Zacarías.

El carpintero, acudió a casa de Zacarías para anunciarle lo ocurrido. Estaba preocupado porque los planes, elaborados por este rabino manipulador, podían afectar a su hija.

—Voy a defender a mi hija con todas las consecuencias— afirmó José con fuerza.

Zacarías era un hombre demasiado delgado. Más bien feo. Su cara tenía rasgos desequilibrados. Pero su principal defecto físico estaba en la pierna izquierda. Era notablemente más corta que la derecha, lo que le provocaba una indisimulable cojera. Este defecto físico había marcado su vida. Le había provocado un especial resquemor hacia el resto de las personas. Con el fin de compensar esta discapacidad, había desarrollado un gran tesón y un afán de perjudicar a los que competían con él. Se había dedicado, desde muy joven, al estudio de las Sagradas Escrituras, al igual que su hermano menor, Andrés.

Zacarías había alcanzado gran profundidad y brillantez. Sin embargo, su defecto físico le había impedido acceder al puesto de sacerdote del templo y había cerrado sus posibilidades para ser miembro del Sanedrín. Se daba la sangrante ironía de que su hermano y otros sacerdotes que acudían a él para consultarle los puntos más oscuros de las escrituras, ocupaban cargos importantes por no tener ninguna deficiencia anatómica. Zacarías los trataba con disimulado desprecio y no siempre les exponía la interpretación verdadera.

Con la ventaja que le otorgaba su meticuloso conocimiento de todas las Sagradas Escrituras, especialmente las referidas a los profetas, Zacarías había podido señalar el momento y las circunstancias exactas en que las profecías sobre la llegada del Mesías debían cumplirse. Había propiciado que María, la joven virgen que había permanecido, desde su niñez, en el templo sin conocer más presencia de varón que la de sus preceptores, se uniera en matrimonio al casto José. Él mismo se había preocu-

pado de investigar sobre las genealogías de José y de María para confirmar que ambos procedían, por línea directa, de la estirpe del Rey David.

Sus estudios y sus planes habían sido realizados con tanta meticulosidad y con tanta ambición que no había sido descuidado ningún aspecto para que se realizara la deseada llegada del Mesías anunciado. Incluso, él en persona se estaba preocupando de comprobar el cumplimiento de cada uno de los acontecimientos anunciados. Por esa razón, Zacarías recibió con gran pesar la noticia de que había nacido una niña.

—Esa circunstancia cambia totalmente los planes. Los anula. - sentenció el rabino en un tono de gran severidad. - Tu hija no podrá ser Mesías.

—¿Por qué no? Yahvé lo ha querido así. - dijo José con firmeza aunque sus manos y sus pies temblaban.

—No lo puede querer. Una mujer no puede ser Mesías. ¡Sería una ofensa para tan alta misión!

—¡Yo voy a luchar por el bien de mi hija!

—José, no te pongas terco. Hay que aceptar los hechos como son. Ha nacido niña. No puede ser el Mesías, aunque sea tu hija.

—¡Zacarías, no vuelvas a decir eso! - el carpintero adoptó una actitud muy seria, casi amenazante - ¡Recuerda la maldición que anuncian los profetas para los que se opongan a la misión del auténtico Mesías!

—Esa maldición no me hace a mí temblar. - reaccionó el lisiado Zacarías con soberbia - Yo sé lo que busco. He determinado lo que hay que hacer para que las profecías se cumplan y no se aplique esa maldición.

1.10

—Deseamos ser recibidos por el rey Herodes. - dijo Gaspar, ayudando a su padre - Debemos anunciarle una gran noticia. ¡En su reino, ha nacido el Mesías!

No fue fácil ser recibidos por el voluminoso Herodes. Los tres sabios fueron sometidos a varios interrogatorios. Tuvieron

que exponer otras tantas veces cuáles eran sus propósitos. Debieron esperar en diversas salas. El anciano Melchor se vio muy afectado, a pesar de las atenciones de su hijo y del sabio etíope. Sus séquitos fueron revisados.

Cuando se les permitió entrar en la sala de visitas privadas, Herodes se había colocado todos sus adornos y distinciones. Había sido ya informado por sus secretarios de la noticia que le traían. Su reacción inicial fue un enfado sonoro y violento. Su primera decisión fue ordenar la muerte inmediata de los tres mensajeros que le traían tan nefasta noticia justo en el momento en que él, Herodes el Grande, estaba preparando la magna celebración de su aniversario como rey y como Mesías.

Sus consejeros le hicieron recapacitar. La muerte de los tres sabios de Oriente podía traerle problemas con los monarcas vecinos. Sobre todo, por la gran notoriedad y prestigio que tenía Melchor, por sus investigaciones en la biblioteca de Alejandría. Además, ese castigo no tenía ninguna utilidad. Era mucho más eficaz recibirlos. Debía aparentar alegría por la noticia y obtener información que le permitiera descubrir quién era ese Mesías, dónde estaba y quiénes participaban de esa operación.

Con esa estrategia, el rey de los judíos aparentó una actitud muy amigable. Entró en la sala de recepción con una amplia sonrisa. Se dirigió a los sabios con gran amabilidad, tratándolos como si fueran viejos conocidos.

—¡Bienvenidos, amigos! Es una gran alegría recibir a mensajeros tan ilustres que traen tan maravillosas noticias.

—Majestad,...

—No andéis con ceremonias. Estoy deseoso de saber dónde está ese niño que será el Mesías con el fin de ir yo mismo a rendirle mis honores.

—Somos nosotros quienes deseamos obtener esa información para llegar hasta donde está esa criatura.

—¿Vosotros no sabéis ni quién es ni donde está?

—Una estrella nos ha guiado hasta aquí. Tiene que estar muy próximo.

—Si esa estrella os ha traído hasta aquí, quizá se pueda interpretar que el Mesías esperado soy yo. ¿No creéis?

Los sabios de Alejandría, que se habían sorprendido por la empalagosa y artificial amabilidad del rey, recordaron en ese momento las noticias de que Herodes se había proclamado a sí mismo Mesías y sintieron miedo de su reacción.

—Os propongo un acuerdo. Os daré alimentos y bebidas para que podáis continuar vuestro camino. Buscad a ese niño. Y cuando lo encontréis, vendréis a decírmelo. ¿Estáis de acuerdo?

Melchor, en nombre de los tres, aceptó inmediatamente esa propuesta. Era la manera de terminar la comprometida visita. Pensaron que debían abandonar cuanto antes el palacio real, para evitar incluso que corrieran peligro sus vidas.

1.11

—¡Hija mía, cuenta conmigo! Tú liberarás a todas las mujeres. No ha sido ningún disgusto. - se dijo María a sí misma mientras atraía a su hija hacia su cuerpo - Yo también suponía que serías un varón. ¡Pero te prefiero a ti! Confía siempre en mí. Sólo haré lo que sea mejor para tu misión en favor de las mujeres.

La llegada de sus padres, Joaquín y Ana, sacó a María de su ensimismamiento. Se presentaron en silencio y con cautela, como correspondía a su educación y manera de comportarse. La madre primeriza se levantó como un resorte, aunque procuró que la criatura siguiera mamando. La abuela se acercó con cuidado intentando no interrumpir. Saludó con afecto a su hija, mientras besaba delicadamente a su nieta. El abuelo se quedó algo alejado. Acarició su mano diminuta.

—Te he traído roscos de anises. Te gustaban mucho de pequeña. - dijo Ana con cariño. - Los he hecho esta misma mañana.

De repente, María se echó a llorar con sonoros sollozos. Su madre la abrazó. Intentó calmarla. Era lógico su nerviosismo como consecuencia de tantos acontecimientos acumulados. La comprendía. Ella estaría en la misma situación.

—¿Pasa algo, María? – preguntó su padre con afecto - ¿Algo ha ido mal?

—¡No la atosigues! – le reprendió Ana – Son nervios lógicos, después de todo lo que ha pasado. Dar a luz fuera de casa produce muchos nervios.

—Sólo he preguntado si todo ha ido bien – se justificó el abuelo manteniendo sus modales educados.

—Estoy muy contenta. ¡Ha nacido una niña! – susurró María mientras se limpiaba las lágrimas.

—¿Una niña? ¡Pobre!

Ana cogió a su nieta con cuidado. La colocó para que pudiera eructar, después de haber mamado. Se movió rítmicamente para que la criatura se sintiera bien. Joaquín se acercó a su hija y la acogió entre sus brazos. María se refugió en ellos con cariño, como cuando era pequeña. Siempre había tenido una relación muy personal con su padre.

—¡No te preocupes, María! – dijo Joaquín mientras besaba a su hija en la frente y secaba sus lágrimas – Lo importante es que las dos estéis bien.

—¿Cómo puedes decirle que no se preocupe? – le reprochó su esposa en su tono habitual.

— Yo prefiero tener una nieta. Así os olvidáis de todas esas fantasías religiosas del Mesías, el enviado de Dios y todas esas tonterías.

—¡Joaquín, cada vez lo pones peor! Lo mejor es que te calles. – intervino de nuevo su esposa - Como tú eres un descreído, no has sido partidario de que el Mesías fuera nuestro nieto.

—No es el momento de discutir delante de tu hija y de tu nieta. El tiempo me dará la razón de que es mejor que haya sido una niña. Evitará toda esa locura en que os ibais a meter.

La abuela, con su habilidad, había logrado que la criatura se quedara dormida. Siguió con su movimiento rítmico para mantenerla en ese estado. A la vez, se fue acercando a su hija.

1.12

—¡Hay que eliminar ya al Mesías ese recién nacido!

Desde la misma sala de recepción privada, Herodes hizo llamar al jefe de su guardia real. Esperó con inquietud. Cuando entró el soldado, no tuvo tiempo ni para hacer el saludo reglamentario.

—Que un grupo de soldados siga a esos tres sabios de mierda. Que vigilen todos sus pasos, pero que no se dejen ver. Hay que descubrir a quién van a adorar para detenerlo y eliminarlo.

El jefe de la guardia, tras el saludo ritual, estaba a punto de abandonar la sala de visitas, cuando fue interrumpido de nuevo.

—Dirige tú mismo la investigación para descubrir quién es ése que se proclama Mesías y quiénes están en la conspiración.

1.13

—¡Lo siento! Los delegados del Templo no han podido conseguir ninguna información sobre esos magos de Oriente.

El joven Caifás, a pesar de su estatura, estaba encogido ante el Sumo Sacerdote, su suegro Anás. Se hallaba sofocado y nervioso. Reconocía que no había obtenido ningún resultado en la investigación que le había encargado sobre los sabios de Oriente. Ese fallo podía poner en peligro su calculada carrera.

—¿Te das cuenta de que, como logren sacar adelante un Mesías, está en peligro hasta la existencia del mismo Sanedrín? Ese nuevo Mesías barrerá con todo. Ya no habrá ni autoridades, ni comisiones, ni privilegios, ni cargos. ¡Eh! ¿Te das cuenta de lo que será de ti, si viene un nuevo Mesías?

A Caifás le salvó su mujer, la regordeta y voluptuosa Sara. Llegó vestida con una gasa transparente, a medio peinar y con un contraste variado de perfumes.

—¡Papito, debes reñir a tu yerno! Esta noche no me ha hecho ningún caso. Me ha dejado abandonada sin atenderme y sin haber cumplido con sus obligaciones maritales.

—He tenido que ir a cumplir una... - trató de justificarse el atlético Caifás.

—¡No hay ninguna excusa para no cumplir todos los días los deberes para con la esposa! ¿A que no, papito?

Los dos hombres se vieron obligados a prestar atención prioritaria a la mujer. A pesar de estar próxima a la mediana edad, se comportaba como si estuviera en la primera juventud, llena de caprichos y deseos inmaduros. Tuvieron que dejar el serio asunto que estaban tratando.

1.14

—Será un escarmiento para los que participen en cualquier conspiración contra mí o pretendan proclamar a otro Mesías

Esa misma noche, el despótico y solitario Herodes ordenó la detención de su esposa Mariamne y sus dos hijos mayores. Los encerró en una mazmorra de los sótanos de su palacio. Colocó vigilantes en su alrededor con el fin de que no pudieran comunicarse con nadie.

—¡Que las maldiciones divinas caigan sobre ellos!

No aludió a sus otros hijos. Pero insinuó que se estaba buscando a nuevos cómplices para detenerlos también y someter a todos a un juicio sumarísimo.

1.15

—¡Debéis huir! La vida del Mesías corre peligro.

Los tres sabios de Oriente lograron, por fin, llegar hasta el lugar donde tenían que rendir tributo al nuevo Mesías. La estrella los guió hasta el establo donde había nacido. Durante todo el recorrido y también a la llegada, tuvieron buen cuidado en cerciorarse de que no eran seguidos por los soldados del rey.

María y José quedaron muy sorprendidos por su presencia. Todavía se sorprendieron más cuando escucharon cómo habían descubierto, en su lejano país, las señales anunciadoras del Mesías y cómo habían sido guiados por una estrella. Recibieron, con alegría y desconcierto, los regalos que los sabios les entregaron en forma de oro, incienso y mirra.

—Éste es el momento más grande de mi vida. - afirmó Melchor con lágrimas en los ojos - He podido ver y tocar al

enviado de Dios. Este es un gran día para toda la humanidad. Pero ahora debéis venir los tres con nosotros para que Herodes no cumpla su deseo asesino.

—Una cosa debo deciros. —afirmó María — Ha nacido niña. La Mesías será una mujer.

—¿De verdad? — preguntó el anciano Melchor - ¡Eso es otra gran esperanza para la humanidad! Yo la ocultaré entre mis mantos, hasta que salgamos del reino de Herodes.

—Señor, - intervino Baltasar — los signos del cielo dicen que debemos irnos ya. La niña correría más peligro si viene con nosotros.

—Entonces, no debéis venir con nosotros. —rectificó el anciano Melchor.

1.16

—Caifás, - advirtió Anás a su yerno - la situación se está agravando. La falta de noticias sobre los sabios de oriente indica que hay maniobras ocultas para poner un Mesías. Debemos convocar una reunión urgente del Sanedrín.

—Podemos esperar a...

—Hay que atajar cuanto antes este peligro del Mesías. Puede tener muy graves consecuencias para nosotros.

1.17

—No debes aceptar que manipulen a tu hija ni con intenciones religiosas ni con intereses políticos. ¡Ella es lo más importante! Sácala de ese mundo desde el principio. ¡Renuncia a que sea Mesías!

Joaquín había ido de nuevo a visitar a su hija María. Se había quedado preocupado por la tensión que ésta tenía por haber dado a luz a una niña. Él, que no asistía a los actos religiosos ni creía en la existencia de ningún ser de carácter divino, se había opuesto desde el principio a los preparativos para la llegada del Mesías.

—¡No la voy a manipular! Ella será la Mesías femenina y liberará a las mujeres de la sumisión. Yahvé lo ha decidido así.

—Olvídate de la religión. ¡Hay que lograr que tu hija, mi nieta, sea feliz! Yo me encargaré de instruirla. La enseñaré todo lo que debe saber de ciencia y de poesía. Sobre todo, le inculcaré el espíritu de la curiosidad para que ella misma siga buscando.

—Papá, estamos hablando del Mesías esperado por toda la humanidad. - insistió María.

—No quiero discutir contigo sobre religión. - sentenció el abuelo - Sólo quiero decirte que tu hija es lo más importante. Más que la religión. Más que la política. Más que Israel. Más que la humanidad. Manda al Mesías a tomar viento. Piensa sólo en la felicidad de tu hija. Yo sólo pienso en la felicidad de mi nieta.

—¡No puedo aceptarlo! Se trata de la salvación de la humanidad, sobre todo de las mujeres. José y yo hemos sido llamados para ser los padres del nuevo Mesías. Por haber nacido niña, no podemos eludir nuestra responsabilidad. ¡Todo lo contrario!

—Te lo repito. No voy a permitir que a mi nieta le roben su felicidad. Permití que robaran tu felicidad, metiéndote entre las vírgenes del templo. Es algo que nunca perdonaré a tu madre. Con mi nieta, no lo toleraré.

1.18

—¡Ha sido un acierto no traer a la niña con nosotros. - dijo el sabio Gaspar - Hubiera corrido un grave peligro.

Los tres sabios de Alejandría, al salir del establo, tomaron caminos alternativos y poco concurridos con el fin de evitar a los soldados de Herodes. A pesar de las molestias que causaban a Melchor, los dos jóvenes obligaron a los camellos a realizar jornadas muy largas y a gran velocidad. Sin embargo, muy pronto notaron que eran perseguidos por los soldados del sanguinario rey de los judíos.

—No ha sido un acierto. Ha sido un milagro de Dios para salvar a su Hija, enviada como Mesías. - sentenció el anciano Melchor.

1.19

—José, no aceptes ningún trato sobre nuestra hija con ese rabino! – respondió María.

—Quizá debemos tomar algunas precauciones por si acaso. Podemos simular una ceremonia de la circuncisión.

—José, es una niña! Simular una circuncisión es una barbaridad.

—No sabemos lo que puede pasar en el futuro. - sugirió el carpintero - Debemos dejar abiertas todas las posibilidades.

—¡No estoy de acuerdo! Debemos ponerle un nombre como a una niña normal. Yo propongo que se llame Hannah.

María se levantó para ir a comprobar si su hija seguía dormida. Se quedó un momento contemplando su cuerpo pequeño y bien formado. Se agachó para besarla en la frente con cuidado. Después, se dirigió a su esposo, que mantenía su habitual actitud de duda e indecisión.

—José, yo también tengo miedo de hacerle daño a nuestra hija. Es nuestra responsabilidad protegerla.

—Debemos ser fuertes. – dijo José disimulando sus nervios - Nosotros daremos sus primeros pasos. Tenemos que decidir qué es lo mejor para ella.

—Es la Mesías y punto. Ha venido con la misión de liberar a las mujeres.

—¿Por qué no nos dice Yahvé lo que debemos hacer? Si es su Hija y si es su Mesías, que nos diga cómo debemos obrar.

—Lo que está claro –sentenció María – es que la bautizaremos como mujer.

1.20

Herodes, en otra noche de insomnio, tomó la decisión de dar un buen escarmiento. Era la mejor manera de demostrar que no estaba dispuesto a tolerar ninguna maniobra para arrebatarse el título de Mesías. Demostraría públicamente que, a pesar de sus muchos años, no le temblaba la mano para eliminar a sus enemigos.

—¡Evitaré que la maldición divina caiga sobre mí! Buscaré otros culpables.

Antes del amanecer, ordenó que se diera muerte a su esposa Mariamne y a sus hijos Alejandro y Aristóbulo. Simultáneamente, hizo detener al jefe de su guardia real. Le acusó de que su ineficacia para identificar al que se autoproclamaba Mesías. En consecuencia, ordenó que fuera también decapitado

1.21

—¡José, confíesalo! No has logrado convencer a tu mujer. Ella te ha convencido a ti. ¿Es así o no?

A José le temblaban las manos, mientras hablaba con el rabino. Sus ojos se dirigían al suelo ante el temor de encontrarse con la severa mirada del intérprete de las sagradas escrituras. El rabino, consciente de su superioridad, había decidido aprovecharse de la situación.

—¡Sólo estoy seguro de una cosa! - confesó el carpintero - Lo único que quiero es ayudar a mi hija.

—Lo mejor es simular la circuncisión. - afirmó el rabino para presionar a José - ¡Ésta es mi última propuesta!

—¡Debes ayudarnos! - suplicó José con gran tensión - Tú has preparado su llegada con todo cuidado. ¡No puedes abandonarnos ahora!

El rabino se quedó pensativo. Simuló estar valorando los pros y los contras. No contestó de inmediato. Se levantó. Miró a José. Le vio especialmente preocupado. Retorcía las manos para expresar sus nervios. En otra persona, se podría decir que se compadeció. En Zacarías, es preciso afirmar que había cambiado de estrategia para sacar más ventaja.

1.22

Casi en los límites del territorio en el que mandaba Herodes como rey, en un camino pedregoso, entre montes casi perdidos, aparecieron, con las primeras luces de la aurora, los cuerpos sin vida y cruelmente torturados de los tres sabios llegados de

Oriente. Presentaban numerosas heridas distribuidas por todas las partes. Las cabezas, deformadas por los golpes, estaban separadas del resto del cuerpo.

Un poco separados de esos dos cadáveres, se hallaban los cuerpos de los camellos en los que regresaban hacia su país. También estaban mutilados y envueltos en sangre. Asimismo, sus pertenencias se encontraban desperdigadas por los alrededores. Todas abiertas y rotas.

1.23

—Es conveniente que desaparezcamos durante un tiempo. Yahvé ya la ha salvado al impedir que fuéramos con los sabios. Aquí habrá nuevos y más graves peligros.

José manifestó a María su preocupación por las medidas que estaba tomando Herodes para descubrir a la nueva Mesías. A su juicio, no pararía hasta encontrarla y hacerla desaparecer. Según todas las indicaciones, los achaques de la ancianidad le habían vuelto mucho más susceptible. Sospechaba de todos, y estaba firmemente decidido a defender su puesto de rey y de Mesías por todos los medios.

—Cualquier enemigo envidioso puede denunciar a nuestra hija.

—¿A dónde debemos ir? Herodes tiene poder para perseguirnos por todo el reino y los alrededores. — preguntó María mostrando también su temor.

—Podemos huir a Egipto. Allí no puede hacernos nada. — dijo José — Nuestra hija estará a salvo en Egipto.